Solemnidad. La Asunción de la Santísima Virgen María (15 de agosto)

Dichosa

"Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó: "Feliz la que ha creído que se cumplirían las promesas del Señor". San Lucas, cap. 1.

Un comentario africano sobre la Anunciación, traducido del bambará, nos dice: "La Virgen es como un grano de sorgo. Un grano de sorgo sin trillar. María es una joven cargada de promesas. Alégrate, favorecida, el Señor está contigo. Alegraos también, mujeres todas de la sabana. Dios ha fijado sus ojos en vosotras.

No temas María. Se te anuncia un bebé que alegrará tu corazón. Te hará danzar de júbilo en las noches africanas, acurrucado a tus espaldas de ébano. Con él tus miedos, tus tabúes se esfumarán como el rocío ante el sol mañanero. Darás a luz un hijo, que es regalo de Dios para toda la familia de los hombres.

Bien interesante: Los diversos encuentros con Dios, que nos narra la Biblia, producen generalmente en sus protagonistas una inmensa alegría. - Los profetas anuncian el gozo que inundará la tierra cuando llegue el Mesías.

- El ángel saluda a Nuestra Señora: Alégrate, llena de gracia. La anciana Isabel le da la bienvenida a su prima:

Dichosa, porque has creído en las promesas del Señor. Los discípulos, al reconocer a Jesús resucitado, se llenan de gozo. Pero los cristianos de hoy no tenemos tiempo de alegrarnos. El tiempo se nos va en los negocios. En la vida social, más apariencia que relaciones veraces. En lamentos sobe la situación presente. Nos hace falta esa actitud pascual, que brota de una sólida esperanza: Dios.

Nuestra fe promueve en muchos casos un sentimiento ético. Nos convoca a cierto altruismo. Nos motiva de pronto a arrepentirnos del pecado. Pero ¿dónde aflora nuestra dosis personal de alegría?

En cambio Nuestra Señora, la primera cristiana de la historia, vive llena de paz y de equilibrio; a causa de su confianza en Dios. "Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador. Feliz la que ha creído en las promesas del Altísimo".

Este es su secreto. Algo que más tarde expresará así Santa Teresa: Nada te turbe. Nada te espante. Todo se pasa. Dios no se muda. La ' paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios le basta.

No imaginemos a Nuestra Señora como alguien del todo extraordinaria. No tuvo pecado original, pero fue ciudadana de esta tierra con las dificultades y dolores que tal

condición significa. Su vida fue la de una judía, la de una madre campesina de entonces.

Pero Dios realizó en ella maravillas. Unas visibles. Muchas invisibles las que ella guardaba en su corazón. Y al final de sus días la Madre de Jesús fue llevada en cuerpo y alma a los Cielos. Así el Señor nos explica cómo terminará esa transformación prometida a quienes le buscamos. ¿Por qué entonces no vivir alegres? Si todo dolor y toda muerte se doblegan ante el triunfo de Cristo, podemos ser dichosos desde ahora.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y